

Filosofando

## Conocer a dios es algo natural al ser humano

**Luis Armando Aguilar Sahagún**

El filósofo Jacques Maritain pensaba que “lo que una nueva civilización espera es un nuevo descubrimiento del Ser, y a la vez un nuevo descubrimiento del Amor” (*Razón y razones*, Ed. Desclee De Brouwer, Buenos Aires, 1951, p. 148). Para mostrarlo, propone un “nuevo acercamiento a la existencia de Dios”. Lo hace en tres formas: por vía intelectual, apelando a la intuición de la existencia; por vía práctica, apelando al encuentro con el bien moral en el primer acto de libertad; y por vía de la subjetividad, que al interiorizar en su ser descubre a Dios como fondo amoroso. Por esta triple vía se puede llegar a un nuevo descubrimiento de Dios.

### **Descubrimiento del Ser**

El acto en virtud del cual yo existo y las cosas existen, trasciende los conceptos y las ideas; es un misterio para la inteligencia. Todo acto perfecto de la inteligencia tiene por objeto el acto de existir, que es percibido por la intuición intelectual. Esta intuición está contenida en las experiencias de sentido, en medio de lo contingente de mi propio ser.

El hombre es capaz de intuir y comprender que las cosas tienen una consistencia real, y que pueden ser conocidas en su propia estructura. Esta intuición lo despierta a la realidad de la existencia y la verdadera vida, que lo llena de gozo. Al intuir que “yo existo” quedo vinculado a todo lo que es, sobre todo al ser de los demás, con todo el compromiso que esto comporta por el cuidado del mundo.

Mi ser está sujeto a la muerte. Mi ser depende de la naturaleza entera del todo, del que soy una parte. Ni el mundo ni yo mismo existimos por nosotros mismos. Existe otro Ser, trascendente, que se basta a sí mismo, el Ser por sí mismo. El dinamismo interno de la intuición de la existencia me hace ver la existencia absoluta, me pone frente a Dios. El conocimiento de Dios es fruto natural de la intuición de la existencia y se impone a nuestro espíritu. El movimiento de la razón, en su vitalidad primordial, no se acerca a Dios ni por pura intuición ni por puro razonamiento filosófico técnico. Es un movimiento natural de tipo intuitivo, mantenido y vivificado irresistiblemente en el “relámpago intelectual” (“*Insight*”) de la intuición de la existencia. Hay, pues, una naturalidad específica del conocimiento que tenemos de Dios.

### **El camino práctico**

Cuando, en un acto primero de libertad, un hombre experimenta el bien moral como algo que se impone en su vida, despierta a la vida moral y se dirige al bien por amor al bien, es decir, sin darse cuenta, se dirige al Bien absoluto al que llamamos Dios, conoce a Dios aún sin saberlo, de manera pre-consciente. La intuición práctica de la consciencia del bien moral equivale al modo en que la intuición teórica conoce a Dios en virtud de la intuición especulativa de la existencia.

### **El camino de la interioridad**

Cuando entramos en la realidad de nuestra propia interioridad descubrimos que, más que ser objeto de nuestro pensamiento es su fuente, un centro profundo, ignorado y viviente, que sobreabunda en conocimiento y en amor, y que sólo por el amor alcanza su supremo nivel de existencia: haciendo donación de sí. El conocimiento profundo de sí es un conocimiento que nos abre a la visión del abismo actual de nuestra subjetividad como centro dinámico, vivo, abierto, que da y recibe. La revelación suprema de la existencia de nuestra existencia espiritual es la del amor como dinamismo profundo de nuestro ser personal. La persona se posee en cuanto espiritual y libre, y se posee para amar. Despertar al sentido de la realidad equivale a ir experimentando que el amor es la tendencia radical y razón fundamental de la vida. Que ese es el fondo del ser. El hombre conoce así que Dios es la absoluta generosidad, amor subsistente y trascendente que causa y activa a cada ser desde su más íntima vitalidad, que es la que todos los seres desean y aman.

### **Conocer a Dios es algo natural al ser humano**

Las cosas nos son conocidas cuanto más nos familiarizamos con ellas. El trato asiduo, el contacto van desarrollando en nosotros la capacidad de captar cada vez mejor aquello con lo que nos relacionamos. Este tipo de conocimiento nos acerca a lo conocido, nos hace capaces de penetrar, de intuir la verdad de los seres. Esta intuición puede ser menor o mayor, más clara o más oscura, dependiendo de varios factores: las capacidades del sujeto que conoce, la asiduidad de su contacto con los objetos conocidos, el modo de relacionarse o de tratar con ellos, como aquello con lo que guarda ese trato.

Se habla de un conocimiento por con naturalidad en el orden afectivo, en el orden intelectual, en el orden poético y en el religioso. Cuando afirmamos que de Dios podemos tener un conocimiento por con naturalidad, estamos suponiendo que su existencia no nos es ajena, como tampoco lo es su modo de ser. Dios será alguien con quien podemos tratar.

También se suele decir que quienes más conocen a Dios son quienes más lo aman. El conocimiento supone el desarrollo de disposiciones que van más allá de lo puramente cognitivo. Porque conocer es relación con lo otro, y esa relación lo es con todo nuestro ser, tanto más cuanto las realidades que queremos conocer nos involucran más y más, y es un hecho que las realidades que más nos involucran son las de carácter personal, mejor dicho, las personas.

Las disposiciones personales se van desarrollando junto con las cognitivas. Los amigos tienden a parecerse. La amistad “se da entre iguales o los hace iguales” (Aristóteles). La semejanza que se busca en la amistad es, según Aristóteles, en el orden de la virtud.

Es evidente que con Dios no existe posibilidad de establecer una relación de semejanza en este orden. En la cercanía del misterio de la suma bondad de Dios, la precariedad moral del hombre se le revela en toda su ambigüedad, su malicia y su culpa. El hombre es pecado y Dios es gracia. El hombre puede experimentar la exigencia de trascender, de superarse cada vez más conforme se acerca a la Bondad del Dios que se deja conocer no por vía puramente intelectual, como lo han intentado los gnósticos, sino personal. Sólo puede existir “connaturalidad” con la divinidad, si ya el hombre tiene que ver con él desde su origen. Si ya el mundo le “habla de Dios”, si ya la misma existencia es “remisión” al ser que subsiste por sí, que es el amor subsistente. El mundo sería totalmente opaco a Dios si no llevara en sí un “sello de origen”, como lo sería si en el hombre ese sello no se revelara como la “luz”

del entendimiento y también del corazón para captar la fuente que lo sostiene en el ser, como fuente de vida, inteligencia y bondad.

El velo que cubre el “rostro” del Dios Bondad-Verdad se recorre en el momento en que ese Dios quiere hacerse más familiar a sus creaturas. En el momento en que decide, por así decirlo, manifestarse tal cual es. Cuando no le basta con ser identificado con “el Bien”, el “sumo Bien”, la Verdad o la Belleza suprema, sino que se re-vela en la creación como bondad en concreto, bondad para el otro, salvación en la historia.

Aceptar que ese Dios sea así y así se quiera mostrar, sólo será aceptable por un acto de “simpatía” que pide más que la intelección de un vago “tiene que haber un ser supremo”, “tiene que haber una fuente del bien y del amor”, es decir, cuando el hombre se siente movido a rebasar el orden de la realidad, para dar paso a la constatación existencial. Esto no puede ocurrir sin un acto de valor y de audacia, más allá de todo cálculo y previsión.

Ese auto-rebasamiento es un confiar, un entregarse: “no te conoceré hasta que tú me hagas capaz de conocerte; no te reconoceré hasta que tú me hagas conocer –sentir, intuir, experimentar- que estás entre los hombres, que has querido familiarizarte con tus creaturas. No te conoceré si no soy capaz de confiar en que, en tu inigualable grandeza, te importa este mundo, te importa mi persona, nos amas. Eres amor. La familiaridad con la que pueda conocerte como origen de mi ser y fundamento de todas las cosas, no es nada comparada con la familiaridad que tú tienes con todos los seres porque los creaste a tu imagen, porque son objeto de tu cuidado, porque has amado este mundo”.

Llegar a la fe de este modo, amorosamente, supone la capacidad de intuir la propia existencia como dato originario: existo; supone que puedo advertir que hay algo de inexorable en mi existir –soy, inevitablemente; algo hay de necesidad en mi existir-; y al mismo tiempo, de suma contingencia: mi debilidad, mi precariedad, amenazada todo el tiempo por el sufrimiento y por la muerte, que parece remitirme a la nada; mi pequeñez, mi formar parte de un todo junto al cual soy nada: un universo que es un coloso en dinamismo y magnitud; una mota de polvo cósmico contiene a la especie a la que pertenezco, completamente vulnerable a sus condiciones climáticas, a la escasez de los recursos necesarios para subsistir, a la destrucción que somos capaces de infringirnos unos a otros, a la aniquilación a la que nos hemos capacitado con nuestra propia inteligencia. El todo de mi existencia, no es nada junto al todo del que formo parte; y ese todo, que tampoco se da el ser a sí mismo, se sustenta de la dependencia que guarda del Dios que simplemente es: el ser necesario, eterno, infinito, absoluto, el amor subsistente y personal, presente en cada creatura que, desde su íntima realidad, clama por él.

Es así como se revela que la connaturalidad con que podemos conocer a Dios, depende por completo de la connaturalidad que él, como ser personal, quiere mantener en el trato con sus creaturas: conmigo, con todos, con cada una, según su modo de ser y según su historia. Y lo más connatural es entonces un trato de amistad. Y lo más natural, que es el amor de un padre por su hijo, se convierte entonces en símbolo de lo más divino.